



agenzia fides

AGENZIA DELLE PONTIFICIE OPERE MISSIONARIE

31 de diciembre de 2022

**ALGUNOS RASGOS
DEL MAGISTERIO MISIONERO
DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI
(24 ABRIL 2005 – 11 FEBRERO 2013)
ESPECIAL A CARGO DE STEFANO LODIGIANI**

El inicio del Pontificado: “preocupado únicamente por anunciar al mundo entero la presencia viva de Cristo”

Los Mensajes para la Jornada Mundial de las Misiones: “queda mucho por hacer para responder a la llamada misionera que el Señor no se cansa de dirigir a todo bautizado”.

A la Asamblea General de las Obras Misionales Pontificias: “su carisma y su obra no se han agotado y no deben llegar a su fin”.

Un año dedicado a San Pablo, “el mayor misionero de todos los tiempos”

El segundo Sínodo para África: “¡Ánimo! levántate Iglesia en África, familia de Dios. Emprende el camino de una nueva evangelización

“Peregrino de la paz, el diálogo y la unidad” en Turquía y Tierra Santa

En Brasil para dar “un nuevo vigor e impulso misionero al continente”

En Estados Unidos de América, 60 años después de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: “ha llegado el momento de volver a familiarizarnos con este importante hito de la historia”.

El inicio del Pontificado: “preocupado únicamente por anunciar al mundo entero la presencia viva de Cristo”

En la mañana del 20 de abril de 2005, el Santo Padre Benedicto XVI presidió en la Capilla Sixtina su primera Concelebración Eucarística como Papa con los Cardenales reunidos en Cónclave. Al final de la celebración, leyó un Mensaje en latín en el que ilustró el programa del pontificado, subrayando entre otras cosas la importancia de la unidad del Colegio Apostólico, que “está al servicio de la Iglesia y de la unidad en la fe de todos los creyentes, de la que depende en gran medida la eficacia de la acción evangelizadora en el mundo contemporáneo. Por tanto, quiero proseguir por esta senda, por la que han avanzado mis venerados predecesores, preocupado únicamente de proclamar al mundo entero la presencia viva de Cristo... Al iniciar su ministerio, el nuevo Papa sabe que su misión es hacer que resplandezca ante los hombres y las mujeres de hoy la luz de Cristo: no su propia luz, sino la de Cristo”.

En la Misa de inicio de su Ministerio Petrino, celebrada en la Plaza de San Pedro el 24 de abril de 2005, Benedicto XVI recordó que “También hoy se dice a la Iglesia y a los sucesores de los apóstoles que se adentren en el mar de la historia y echen las redes, para conquistar a los hombres para el Evangelio, para Dios, para Cristo, para la vida verdadera”. “Nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Y únicamente donde se ve a Dios, comienza realmente la vida. Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida... Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con Él”.

Al día siguiente, 25 de abril de 2005, Benedicto XVI se dirigió a la Basílica de San Pablo, en la Vía Ostiense, a la tumba del Apóstol Pablo, “a las raíces de la misión”. Benedicto XVI recordó el ejemplo de su “amado y venerado predecesor Juan Pablo II, un Papa misionero, cuya actividad tan intensa, testimoniada por más de cien viajes apostólicos fuera de los confines de Italia, es realmente inimitable”, y ha pedido al Señor que “alimente también en mí un amor semejante, para que no descanse ante la urgencia del anuncio evangélico en el mundo de hoy”. Tras citar el Decreto “Ad gentes” que el Concilio Ecuménico Vaticano II dedicó a la actividad misionera, el Papa reiteró: “Al inicio del tercer milenio, la Iglesia siente con renovada intensidad que el mandato misionero de Cristo es más actual que nunca. El gran jubileo del año 2000 la ha llevado a ‘recomenzar desde Cristo’, contemplado en la oración, para que la luz de su verdad se irradie a todos los hombres, ante todo con el testimonio de la santidad”.

Los Mensajes para la Jornada Mundial de las Misiones: “queda mucho por hacer para responder a la llamada misionera que el Señor no se cansa de dirigir a todo bautizado”.

Durante su pontificado, el Santo Padre Benedicto XVI envió 7 Mensajes para la celebración anual de la Jornada Mundial de las Misiones, fijada el penúltimo domingo de octubre, desde 2006 hasta 2012.

El primer mensaje, para la 80ª Jornada Mundial de las Misiones, el 22 de octubre de 2006, se inspiraba en su primera encíclica, “Deus caritas est”, publicada el 25 de diciembre de 2005, y titulada de hecho “La caridad, alma de la misión”. El Papa escribía: “La misión, si no está orientada por la caridad, es decir, si no brota de un profundo acto de amor divino, corre el riesgo de reducirse a mera actividad filantrópica y social. En efecto, el amor que Dios tiene por cada persona constituye el centro de la experiencia y del anuncio del Evangelio, y los que lo acogen se convierten a su vez en testigos”.

En el 50 aniversario de la encíclica “Fidei donum” del Papa Pío XII, que instaba a los sacerdotes diocesanos a dedicar un periodo de su vida a la labor pastoral en tierras de misión, el Mensaje para la Jornada Misionera del 2007 tenía por tema “Todas las Iglesias para todo el mundo”. El Papa

Benedicto XVI invitó a las Iglesias locales de todos los continentes “a tomar conciencia de la urgente necesidad de impulsar nuevamente la acción misionera ante los múltiples y graves desafíos de nuestro tiempo”, ya que “queda aún mucho por hacer para responder al llamamiento misionero que el Señor no deja de dirigir a todos los bautizados”.

La figura del Apóstol Pablo, “que recibió la vocación de proclamar el Evangelio a los gentiles, según lo que el Señor le había anunciado”, inspiró el Mensaje para la Jornada mundial de las misiones 2008, que tenía por título “Siervos y apóstoles de Cristo Jesús”. En el Año paulino proclamado por el mismo Pontífice, “que nos brinda la oportunidad de familiarizarnos con este insigne Apóstol”, Benedicto XVI subrayaba que “San Pablo había comprendido muy bien que sólo en Cristo la humanidad puede encontrar redención y esperanza. Por ello, sentía apremiante y urgente la misión de ‘anunciar la promesa de la vida en Cristo Jesús’... Es, pues, un deber urgente para todos anunciar a Cristo y su mensaje salvífico”.

“Las naciones caminarán en su luz” fue el tema escogido para el Mensaje para la Jornada mundial de las misiones 2009, en el que el Pontífice evidenciaba que “Objetivo de la misión de la Iglesia es en efecto iluminar con la luz del Evangelio a todos los pueblos en su camino histórico hacia Dios, para que en Él tengan su realización plena y su cumplimiento. Debemos sentir el ansia y la pasión por iluminar a todos los pueblos, con la luz de Cristo, que brilla en el rostro de la Iglesia, para que todos se reúnan en la única familia humana, bajo la paternidad amorosa de Dios”. En este Mensaje, Benedicto XVI también se detuvo en la evangelización a través del martirio, recordando “aquellos misioneros y misioneras que se encuentran testimoniando y difundiendo el Reino de Dios en situaciones de persecución... No son pocos quienes actualmente son llevados a la muerte por causa de su ‘Nombre’... La participación en la misión de Cristo, en efecto, marca también la vida de los anunciadores del Evangelio, para quienes está reservado el mismo destino de su Maestro”.

Para la 84ª Jornada Mundial de las Misiones de 2010, el Papa Benedicto XVI dedicó su Mensaje al tema “La construcción de la comunión eclesial es la clave de la misión”. Solo a partir del encuentro “con el Amor de Dios, que cambia la existencia, podemos vivir en comunión con Él y entre nosotros, y ofrecer a los hermanos un testimonio creíble, dando razón de nuestra esperanza” escribía el Papa. El mes de octubre “nos recuerda cómo el compromiso y la tarea del anuncio evangélico compete a toda la Iglesia, ‘misionera por naturaleza’, y nos invita a hacernos promotores de la novedad de vida, hecha de relaciones auténticas, en comunidades fundadas en el Evangelio”.

El tema de la Jornada Mundial de las Misiones del 2011 era “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (Jn 20, 21). La dimensión misionera de la Iglesia es una prolongación del envío de Cristo por el Padre, escribía el Pontífice. La Iglesia, como su Cuerpo místico, prolonga la encarnación de Cristo, su presencia física entre los hombres. Todo cristiano se convierte, por el bautismo, en boca de Cristo para anunciar su reino entre los hombres, y la participación auténtica en la liturgia da fruto siempre en un espíritu misionero. “No podemos quedarnos tranquilos al pensar que, después de dos mil años, aún hay pueblos que no conocen a Cristo y no han escuchado aún su Mensaje de salvación. No sólo; es cada vez mayor la multitud de aquellos que, aun habiendo recibido el anuncio del Evangelio, lo han olvidado y abandonado, y no se reconocen ya en la Iglesia; y muchos ambientes, también en sociedades tradicionalmente cristianas, son hoy refractarios a abrirse a la palabra de la fe”. Esta situación exige de todos los fieles una renovada pasión por la evangelización.

El último de los Mensajes del Pontificado de Benedicto XVI fue para la 86ª Jornada Mundial de las Misiones, el 21 de octubre de 2012, y se refería a dos acontecimientos eclesiales de especial relevancia: La apertura del Año de la Fe (del 11 de octubre de 2012 al 24 de noviembre de 2013) y el Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización, (del 7 al 28 de octubre de 2012) definidos como “ocasiones propicias para un nuevo impulso de la cooperación misionera”. “También hoy, la

misión *ad gentes* debe ser el horizonte constante y el paradigma en todas las actividades eclesiales, porque la misma identidad de la Iglesia está constituida por la fe en el misterio de Dios, que se ha revelado en Cristo para traernos la salvación, y por la misión de testimoniarlo y anunciarlo al mundo, hasta que Él vuelva” escribía Benedicto XVI en el mensaje titulado “Llamados a hacer resplandecer la Palabra de verdad”.

En todos sus Mensajes, el Papa subrayaba el papel y la relevancia de las Obras Misionales Pontificias para la evangelización de los pueblos, exhortando a los fieles a colaborar mediante la oración y el apoyo económico. “Por medio de sus actividades, el anuncio del Evangelio se convierte en una intervención de ayuda al prójimo, de justicia para los más pobres, de posibilidad de instrucción en los pueblos más recónditos, de asistencia médica en lugares remotos, de superación de la miseria, de rehabilitación de los marginados, de apoyo al desarrollo de los pueblos, de superación de las divisiones étnicas, de respeto por la vida en cada una de sus etapas” (Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2012).

A la Asamblea General de las Obras Misionales Pontificias “su carisma y su obra no se han agotado y no deben llegar a su fin”.

Según la costumbre, cada año, con ocasión de la Asamblea General de las Obras Misionales Pontificias, se celebra una audiencia con el Santo Padre, que tiene así la oportunidad de encontrarse con los Directores Nacionales de todo el mundo, junto con los Superiores de los Secretariados Generales de las Obras Misionales Pontificias, y de ofrecer algunas indicaciones sobre el trabajo misionero. Esta reunión no pudo tener lugar en 2005, porque la Asamblea se celebró en Francia, ni en 2009, porque el Papa Benedicto XVI estaba de peregrinación en Tierra Santa.

En 2005, por primera vez, la Asamblea se celebró fuera de Roma, en Lyon, con motivo de la inauguración de la restauración de la casa natal de Pauline Marie Jaricot (1799/1862), fundadora de la primera de las cuatro Obras Misionales Pontificias, la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe. En el Mensaje enviado por el Papa Benedicto, deseaba que la Asamblea y las celebraciones en honor de Pauline Jaricot “reavivaran el ardor misionero” entre los cristianos de Francia, para que tuvieran la audacia, como su antepasada de Lyon, “de anunciar el Evangelio y la salvación que nos viene del único Salvador, con un testimonio fuerte y una oración insistente”, invitando también a los jóvenes a ponerse a disposición de la misión.

El 8 de mayo de 2006, al reunirse con los participantes en la Asamblea General en el Vaticano, el Papa Benedicto XVI recordó que “Al ponerse al servicio de la evangelización, las Obras misionales pontificias, desde su fundación en el siglo XIX, han experimentado que la acción misionera consiste en definitiva en comunicar a los hermanos el amor de Dios que se reveló en el designio de la salvación”. A continuación, instó a mantener el compromiso con la animación misionera y la cooperación, subrayando que “La armonía de objetivos y la anhelada unidad de acción evangelizadora crecen en la medida en que toda actividad tiene como punto de referencia a Dios, que es Amor, y al corazón traspasado de Cristo, en el que ese amor se manifiesta en su máximo grado. De este modo, cada una de vuestras acciones, queridos amigos, no se reducirá nunca a mera eficiencia organizativa, ni quedará vinculada a intereses particulares de cualquier tipo, sino que siempre será una manifestación del Amor divino”.

El 5 de mayo de 2007, el Santo Padre Benedicto XVI se reunió con los participantes en la Asamblea General de las Obras Misionales Pontificias y en la Conferencia promovida con motivo del 50 aniversario de la encíclica *Fidei donum* del Papa Pío XII. Entre las dificultades que surgen en el ámbito del compromiso misionero, señaló en su discurso “la disminución y el envejecimiento del clero en las diócesis que en otros tiempos enviaban misioneros a regiones lejanas. Ciertamente, en

el contexto de una crisis vocacional generalizada, esto constituye un desafío que es preciso afrontar”. El encuentro fue una oportunidad para analizar esta situación que vive hoy la Iglesia. “Aunque no podemos ignorar los problemas y las sombras – dijo el Papa -, debemos mirar al futuro con confianza, dando renovada y más auténtica identidad a los misioneros ‘*fidei donum*’, en un contexto mundial que indudablemente ha cambiado con respecto al de los años 50 del siglo pasado. Si son numerosos los desafíos que afronta la evangelización en nuestra época, también son numerosos los signos de esperanza que en todas las partes del mundo testimonian una estimulante vitalidad misionera del pueblo cristiano”.

“Las Obras misionales pontificias tienen el carisma de promover entre los cristianos el celo por el reino de Dios, que se ha de instaurar por doquier a través del anuncio del Evangelio – recordó Benedicto XVI en la audiencia del 17 de mayo de 2008 -. Surgidas con esta dimensión universal, fueron un instrumento valioso en las manos de mis predecesores, que las elevaron al rango de pontificias, recomendando a los obispos instituir las en sus diócesis”. Luego añadió que “también en esta fase de la historia de la Iglesia, considerada misionera por su naturaleza, el carisma y el trabajo de las Obras misionales pontificias no se han agotado, y no deben faltar nunca. Sigue siendo urgente y necesaria la misión de evangelizar a la humanidad. La misión es un deber, al que hay que responder: ‘¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!’”. El apóstol san Pablo, a quien la Iglesia dedica un año especial conmemorando dos mil años de su nacimiento, comprendió en el camino de Damasco, y experimentó después a lo largo de su ministerio, que la redención y la misión son actos de amor. El amor a Cristo lo impulsó a recorrer las calles del Imperio romano, a ser heraldo, apóstol, anunciador del Evangelio y a hacerse todo a todos, para salvar a toda costa a algunos”.

Durante los días de la Asamblea General de las Obras Misionales Pontificias en 2009, el Papa Benedicto XVI peregrinó a Tierra Santa, por lo que envió un mensaje que se leyó en la apertura de la Asamblea el 10 de mayo. Dando las gracias a las OMP “por el valioso trabajo realizado en apoyo de las Iglesias particulares en su compromiso de anunciar a Cristo a todas las naciones, para que caminen en su luz”, Benedicto XVI subrayó que “el secreto de una evangelización verdadera y eficaz reside en el anhelo de santidad. La Iglesia y el mundo tienen gran necesidad de testigos creíbles en su amor a Dios y en su santidad vivida. Es la contemplación del rostro de Cristo la que suscita la pasión irreprimible de anunciarlo y darlo a los demás, y la que hace capaces de reconocerlo presente en el rostro de los pobres y marginados”. Señalando que “gracias a Dios, en todas las Iglesias del mundo está presente y viva tal necesidad de santidad”, el Santo Padre deseó “que el Año sacerdotal especial, que yo mismo abriré el próximo 19 de junio, contribuya a hacer cada vez más perceptible la importancia del papel y de la misión del sacerdote en la Iglesia y en la sociedad contemporánea. Estoy seguro, además, de que las Obras Misionales Pontificias seguirán aportando su preciosa contribución para que los sacerdotes y las personas de vida consagrada sean cada vez más pastores y misioneros según el corazón de Dios”.

En la audiencia del 21 de mayo de 2010, el Papa Benedicto XVI subrayó que “La misión *ad gentes* requiere a la Iglesia y a los misioneros que acepten las consecuencias de su ministerio: la pobreza evangélica, que les confiere la libertad de predicar el Evangelio con valentía y franqueza; la no violencia, por la que responden al mal con el bien y la disponibilidad a dar la propia vida por el nombre de Cristo y por amor a los hombres”. “Como el apóstol san Pablo demostraba la autenticidad de su apostolado con las persecuciones, las heridas y los tormentos sufridos así la persecución es prueba también de la autenticidad de nuestra misión apostólica”. Para Benedicto XVI, era importante recordar que “Es el Espíritu Santo el que une y preserva a la Iglesia, dándole la fuerza para expandirse, colmando a los discípulos de Cristo con una riqueza desbordante de carismas. Es del Espíritu Santo de quien la Iglesia recibe la autoridad del anuncio y del ministerio apostólico”. A continuación, reiteró que “la evangelización necesita cristianos con los brazos

levantados hacia Dios en el gesto de la oración, cristianos movidos por la convicción de que la conversión del mundo a Cristo no la producimos nosotros, sino que nos es dada”.

Todos y todo en la Iglesia está al servicio de la evangelización, cada persona y cada ámbito pastoral: el Papa Benedicto XVI se detuvo en este principio en su audiencia del 14 de mayo de 2011. “Todos deben participar en la misión *ad gentes*: obispos, presbíteros, religiosos y religiosas, laicos. Por lo tanto, se debe prestar especial cuidado para garantizar que todas las áreas de la pastoral, de la catequesis y de la caridad se caractericen por la dimensión misionera: la Iglesia es misión. Una condición fundamental para el anuncio es dejarse aferrar completamente por Cristo, Palabra de Dios encarnada, porque sólo quien escucha con atención al Verbo encarnado, quien está íntimamente unido a él, puede anunciarlo”. Así se evita la tentación de “reducir la evangelización a un proyecto puramente humano, social, escondiendo o callando la dimensión trascendente de la salvación ofrecida por Dios en Cristo”. “El ministerio de la evangelización es fascinante y exigente: requiere amor al anuncio y al testimonio, un amor total que puede verse marcado incluso por el martirio. La Iglesia no puede faltar a su misión de llevar la luz de Cristo, de proclamar el anuncio gozoso del Evangelio, aunque ello conlleve la persecución. Es parte de su misma vida, como lo fue para Jesús”.

La última audiencia del Pontificado en la Asamblea de las Obras Misionales Pontificias tuvo lugar el 11 de mayo de 2012, en el umbral del Año de la Fe. “Todos los hombres y todos los pueblos tienen derecho a recibir el Evangelio de la verdad. Recorrer las sendas del mundo para proclamar el Evangelio a todos los pueblos de la tierra y guiarlos al encuentro con el Señor exige, por tanto, que el anunciador tenga una relación personal y cotidiana con Cristo, que lo conozca y lo ame profundamente. La misión hoy necesita renovar la confianza en la acción de Dios; necesita una oración más intensa para que venga su reino, para que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo. Es necesario invocar luz y fuerza del Espíritu Santo, y comprometerse con decisión y generosidad para inaugurar, en cierto sentido, «una nueva época de anuncio del Evangelio... no sólo porque, después de dos mil años, gran parte de la familia humana aún no reconoce a Cristo, sino también porque la situación en que la Iglesia y el mundo se encuentra, plantea particulares desafíos a la fe religiosa”. A continuación, el Papa alentó el proyecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y de las Obras Misionales Pontificias, en apoyo del Año de la Fe: una campaña mundial que, a través del rezo del Santo Rosario, acompañe la obra de evangelización en el mundo.

Un año dedicado a San Pablo, “el mayor misionero de todos los tiempos”

Durante la celebración de las Primeras Vísperas de la Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, en la Basílica Ostiense de San Pablo Extramuros, el 28 de junio de 2007, el Santo Padre Benedicto XVI recordó en su homilía que “como en los inicios, también hoy Cristo necesita apóstoles dispuestos a sacrificarse. Necesita testigos y mártires como san Pablo... Vivió y trabajó por Cristo; por Él sufrió y murió. ¡Qué actual es su ejemplo!”

Al final de la homilía, anunció la proclamación del Año Paulino: “me alegra anunciar oficialmente que al apóstol san Pablo dedicaremos un año jubilar especial, del 28 de junio de 2008 al 29 de junio de 2009, con ocasión del bi-milenario de su nacimiento, que los historiadores sitúan entre los años 7 y 10 d.C.” El Papa pidió que ese Año paulino se centrara “de modo privilegiado en Roma”, donde en la basílica papal y la abadía benedictina adyacente tendrían lugar una serie de acontecimientos litúrgicos, culturales y ecuménicos, así como varias iniciativas pastorales y sociales, todas inspiradas en la espiritualidad paulina. Además, se pidió que se dedicase atención especial a las peregrinaciones, a los congresos de estudio y a las publicaciones especiales sobre textos paulinos.

Exactamente un año después, en el mismo lugar y en la misma ocasión, el 28 de junio de 2008, el Santo Padre Benedicto XVI presidió la Celebración de las Primeras Vísperas de la Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, con ocasión de la apertura del Año Paulino, con la participación del Patriarca Ecuménico Bartolomé I y de los Representantes de las demás Iglesias y Comunidades cristianas. “San Pablo no es para nosotros una figura del pasado que recordamos con veneración – dijo el Pontífice en su homilía -. También para nosotros es maestro, apóstol y heraldo de Jesucristo. Por tanto, no estamos reunidos para reflexionar sobre una historia pasada, irrevocablemente superada. San Pablo quiere hablar con nosotros hoy. Por eso he querido convocar este ‘Año paulino’ especial: para escucharlo y aprender ahora de él, como nuestro maestro, ‘la fe y la verdad’ en las que se arraigan las razones de la unidad entre los discípulos de Cristo”. A la pregunta “¿Quién es san Pablo? ¿Qué me dice a mí?”, el Papa Benedicto XVI respondió con tres textos del Nuevo Testamento, del mismo san Pablo. Y luego concluyó su homilía con una exhortación: “En esta hora damos gracias al Señor porque llamó a san Pablo, transformándolo en luz de los gentiles y maestro de todos nosotros, y le pedimos: Concédenos también hoy testigos de la Resurrección, conquistados por tu amor y capaces de llevar la luz del Evangelio a nuestro tiempo. San Pablo, ruega por nosotros. Amén”.

Durante el Año Paulino, el Santo Padre Benedicto XVI dedicó gran parte de su magisterio al Apóstol de las gentes, “modelo de evangelizador extraordinario”, “el mayor misionero de todos los tiempos” (Mensaje para la Jornada de oración por las vocaciones 2008). En las audiencias, celebraciones, catequesis y cartas de este Año Jubilar, el Papa Benedicto XVI no se cansó de presentar la figura y el mensaje del Apóstol, señalándolo como modelo a los Obispos de las diversas naciones, a los sacerdotes, seminaristas, religiosos, misioneros, enfermos, jóvenes, laicos, profesores, deportistas...

En este contexto destacan las 20 catequesis pronunciadas durante las audiencias generales del 2 de julio de 2008 al 4 de febrero de 2009. Como dijo por ejemplo en la audiencia del 1 de julio: “Como preciosa herencia del Año paulino, podemos recoger la invitación del Apóstol a profundizar en el conocimiento del misterio de Cristo, para que sea él el corazón y el centro de nuestra existencia personal y comunitaria. Esta es, de hecho, la condición indispensable para una verdadera renovación espiritual y eclesial”.

El domingo 28 de junio de 2009 por la tarde, en la Basílica de San Pablo Extramuros, el Papa presidió la celebración de las Primeras Vísperas con motivo de la clausura del Año Paulino. “El año conmemorativo del nacimiento de san Pablo se concluye esta tarde”, dijo Benedicto XVI en su homilía. Y a continuación, subrayó: “El Año paulino se concluye, pero estar en camino juntamente con san Pablo, alcanzar con él y gracias a él el conocimiento de Jesús, y ser iluminados y transformados por el Evangelio como él, siempre formará parte de la existencia cristiana. Y, superando el ámbito de los creyentes, san Pablo seguirá siendo siempre ‘maestro de los gentiles’, que quiere llevar el mensaje del Resucitado a todos los hombres, porque Cristo los conoce y ama a todos, pues murió y resucitó por todos ellos”.

El segundo Sínodo para África: “¡Ánimo! levántate Iglesia en África, familia de Dios. Emprende el camino de una nueva evangelización

La preocupación del Papa Benedicto XVI por el continente africano se manifestó en particular con la celebración de la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, celebrada en Roma en octubre de 2009 sobre el tema “La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz”. «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,13.14).

Del 17 al 23 de marzo de 2009, el Santo Padre visitó dos países africanos antes del Sínodo: Camerún y Angola. Durante la ceremonia de bienvenida en el aeropuerto internacional Nsimalen de Yaundé (Camerún), recordó en su discurso el testimonio de muchos santos de este continente durante los primeros siglos del cristianismo (entre ellos San Cipriano, Santa Mónica, San Agustín, San Atanasio), y en nuestros días, “Muchedumbres de misioneros y mártires han dado testimonio de Cristo por toda África, también hasta nuestros días, y hoy la Iglesia aquí es bendecida con la presencia de ciento cincuenta millones de fieles aproximadamente”.

Fue precisamente en Yaundé, en 1995, donde el Papa Juan Pablo II promulgó la Exhortación Apostólica Postsinodal “*Ecclesia in Africa*”, fruto de la Primera Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, celebrada en 1994. Benedicto XVI en su primer discurso en Camerún explicó: “He venido aquí para presentar el *Instrumentum Laboris* de la Segunda Asamblea Especial, que tendrá lugar en Roma el próximo mes de octubre... Después de casi diez años del nuevo milenio, este momento de gracia es un llamamiento a todos los Obispos, sacerdotes, religiosos y fieles laicos del Continente, a entregarse de nuevo a la misión de la Iglesia para llevar la esperanza a los corazones del pueblo de África, y con ello también a los pueblos de todo el mundo.”

En la explanada de Cimangola en Luanda, Angola, el domingo 22 de marzo de 2009, el Santo Padre presidió la Concelebración Eucarística con los Obispos de la IMBISA (Interregional Meeting of Bishops of Southern Africa), ante una multitud de cientos de miles de fieles. Antes de recitar el Ángelus al final de la Celebración Eucarística, el Papa invitó a los hombres y mujeres de todas las partes del mundo a volver sus ojos hacia este gran continente “tan lleno de esperanza, pero todavía tan sediento de justicia, de paz, de un desarrollo sano e integral que pueda asegurar a su pueblo un futuro de progreso y de paz”. A continuación, confió a la oración de todos, la preparación de la II Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, deseando que los católicos de este continente se conviertan cada vez más en “fermento de esperanza evangélica para todos los hombres de buena voluntad que aman África”.

El domingo 4 de octubre de 2009, en la Basílica Vaticana, el Papa Benedicto XVI inauguró la II Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos. En su homilía, el Papa destacó la continuidad de la II Asamblea Sinodal con la anterior de 1994, ya dedicada al continente africano, cuyos frutos habían sido presentados en la Exhortación Apostólica *Ecclesia in Africa*. “Sigue siendo naturalmente válida y actual la tarea primaria de la evangelización, es más, de una nueva evangelización – dijo Benedicto XVI - que tenga en cuenta los rápidos cambios sociales de nuestra época y el fenómeno de la globalización mundial. Lo mismo se debe decir de la decisión pastoral de edificar la Iglesia como familia de Dios”. Tras recordar el gran dinamismo de la Iglesia católica en África en los últimos años, el Santo Padre subrayó que “el crecimiento de la comunidad eclesial en todos los campos implica también desafíos *ad intra* y *ad extra*, el Sínodo es un momento propicio para replantearse la actividad pastoral y renovar el impulso de evangelización”.

“¡Ánimo!... Levántate, Iglesia en África, familia de Dios... Emprende el camino de una nueva evangelización con la valentía que procede del Espíritu Santo... ¡Ánimo! Levántate, continente africano. Acoge con renovado entusiasmo el anuncio del Evangelio para que el rostro de Cristo ilumine con su esplendor las múltiples culturas y lenguajes de tus poblaciones”. Esta es la exhortación que resonó con fuerza en San Pedro al final de la homilía pronunciada por Benedicto XVI el domingo 25 de octubre de 2009, durante la concelebración eucarística con los Padres sinodales, al concluir la II Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos. “Mientras ofrece el pan de la Palabra y de la Eucaristía, – afirmó el Papa -, la Iglesia se esfuerza por lograr, con todos los medios de que dispone, que a ningún africano le falte el pan de cada día. Por esto, junto a la obra de primera urgencia de la evangelización, los cristianos participan activamente en las intervenciones de promoción humana”.

En la homilía el Papa subrayó que “El designio de Dios no cambia. A través de los siglos y de las vicisitudes de la historia, apunta siempre a la misma meta: el Reino de la libertad y de la paz para todos. Y esto implica su predilección por cuantos están privados de libertad y de paz, por cuantos han visto violada su dignidad de personas humanas. Pensamos en particular en los hermanos y hermanas que en África sufren pobreza, enfermedades, injusticias, guerras y violencias, y emigraciones forzadas”. La Iglesia en el mundo es una comunidad de personas reconciliadas, obreras de la justicia y de la paz; “sal y luz” en medio de la sociedad de los hombres y de las naciones. “Por eso el Sínodo ha reafirmado con fuerza -y lo ha manifestado- que la Iglesia es familia de Dios, en la que no pueden subsistir divisiones de tipo étnico, lingüístico o cultural”.

“Una de las primeras tareas de la Iglesia sigue siendo el anuncio de Jesucristo y su Evangelio ad gentes, es decir, la evangelización de quienes están alejados de la Iglesia de una u otra manera. Deseo que esta Exhortación os guíe en la proclamación de la Buena Nueva de Jesús en África... La evangelización supone e implica también la reconciliación, prometiendo la paz y la justicia”. Con estas palabras, el Santo Padre Benedicto XVI acompañó la entrega de la Exhortación apostólica postsinodal “*Africae munus*” a las Iglesias de África, al final de la Santa Misa celebrada en la mañana del domingo 20 de noviembre de 2011, Solemnidad de Cristo Rey del Universo, en el “Stade de l'Amitié” de Cotonou, en Benín. En la homilía de la misa, concelebrada por más de doscientos obispos de toda África y un millar de sacerdotes con la participación de fieles de distintos países africanos, el Papa recordó los dos motivos principales de la celebración: dar gracias a Dios por el 150 aniversario de los inicios de la evangelización de Benín y por la Segunda Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos, celebrada en Roma en octubre de 2009 sobre el tema “La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz”. «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5, 13.14).

“Peregrino de la paz, el diálogo y la unidad” en Turquía y Tierra Santa

Del 28 de noviembre al 1 de diciembre de 2006, el Santo Padre Benedicto XVI realizó su 5º viaje internacional a Turquía, “como amigo y apóstol del diálogo y de la paz”, dijo durante la reunión con el Cuerpo Diplomático en la Nunciatura Apostólica en Ankara en la tarde del 28 de noviembre. En su discurso, el Santo Padre se detuvo especialmente en el compromiso por la paz: “la verdadera paz requiere la justicia, para corregir las desigualdades económicas y los desórdenes políticos, que siempre son factores de tensiones y amenazas en toda la sociedad”. Durante su viaje, Turquía fue definida por el Papa como “puente entre Oriente y Occidente, entre el continente asiático y el europeo, de encrucijada de culturas y religiones”.

En el encuentro con el Presidente para Asuntos Religiosos, el Prof. Ali Bardakoğlu, y algunas Personalidades de la Comunidad Musulmana, el Papa Benedicto XVI dijo: “Los cristianos y los musulmanes, siguiendo sus religiones respectivas, ponen de relieve la verdad del carácter sagrado y de la dignidad de la persona. Esta es la base de nuestro respeto y estima recíprocos; esta es la base para la colaboración al servicio de la paz entre las naciones y los pueblos, el deseo más íntimo de todos los creyentes y de todas las personas de buena voluntad”.

En su visita al Patriarca Ecuménico Bartolomé I, el Santo Padre dijo: “Ojalá que este encuentro refuerce nuestro afecto mutuo y renueve nuestro compromiso común de perseverar en el itinerario que lleva a la reconciliación y a la paz de las Iglesias”. Además ya había dicho durante la reunión con el Cuerpo Diplomático que para alcanzar este objetivo es necesario que las religiones “no traten de ejercer directamente un poder político, pues no están llamadas a eso, y en especial que renuncien de modo absoluto a justificar el recurso a la violencia como expresión legítima de la práctica religiosa”.

En la conmemoración litúrgica del Apóstol Andrés, Patrón de la Iglesia de Constantinopla, el jueves 30 de noviembre de 2006, el Santo Padre Benedicto XVI acudió a la Iglesia Patriarcal de San Jorge al Fanar donde, recibido por el Patriarca Ecuménico, asistió a la Divina Liturgia bizantina. Al tomar la palabra, Benedicto XVI destacó “la comunión y la llamada de los dos hermanos, Simón Pedro y Andrés” y “a especial relación que une a las Iglesias de Roma y Constantinopla como Iglesias hermanas”. Poniendo de manifiesto que “nuestros esfuerzos encaminados a construir vínculos más estrechos entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas forman parte de esta tarea misionera” ya que “las divisiones existentes entre los cristianos son motivo de escándalo para el mundo y constituyen un obstáculo para el anuncio del Evangelio”. “Sólo a través de la comunión fraterna entre los cristianos y a través de su amor recíproco resultará creíble el mensaje del amor de Dios por todo hombre y mujer. Cualquiera que examine de manera realista el mundo cristiano actual comprobará la urgencia de este testimonio”.

Al final de la Divina Liturgia, el Santo Padre Benedicto XVI y el Patriarca Ecuménico S.S. Bartolomé I firmaron una Declaración Conjunta. La Declaración recuerda los encuentros entre el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras, “que han mostrado al mundo la urgencia de la unidad y que han trazado caminos seguros hacia ella, en el diálogo, la oración y la vida cotidiana de la Iglesia”. Recuerda por tanto, los encuentros que tuvieron lugar entre sus Sucesores y las relaciones que se restablecieron entre la Iglesia de Roma y la Iglesia de Constantinopla tras el levantamiento de las excomuniones, lanzando un llamamiento a los fieles para que participen activamente, mediante la oración y gestos significativos, en el camino hacia la plena unidad.

El viernes 1 de diciembre de 2006, el Papa Benedicto XVI acudió a la Catedral del Espíritu Santo de Estambul, donde presidió la celebración de la Santa Misa en rito latino, a la que asistieron también representantes de las comunidades católicas de Turquía pertenecientes a los distintos ritos orientales. Benedicto XVI recordó que la Iglesia, “como Cuerpo de Cristo, ha recibido la misión de anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra (cf. Mt 28, 19), es decir, transmitir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo la buena nueva, que no sólo ilumina sino que también cambia su vida, hasta vencer incluso a la muerte. Esta buena nueva no es sólo una palabra, sino una Persona; ¡es Cristo mismo, resucitado, vivo! La misión de la Iglesia no es defender poderes ni obtener riquezas; su misión es dar a Cristo, compartir la vida de Cristo, el mayor bien para el hombre, que Dios mismo nos entrega en su Hijo”.

En Tierra Santa

“Vengo a Jordania como peregrino, para venerar los santos lugares que desempeñaron un papel tan importante en algunos de los acontecimientos clave de la historia bíblica” dijo el Santo Padre Benedicto XVI durante la ceremonia de bienvenida en el aeropuerto Queen Alia de Ammán el viernes 8 de mayo de 2009, al comienzo de su viaje a Tierra Santa. Durante su peregrinación, que duró hasta el 15 de mayo, el Papa Benedicto XVI pronunció 25 discursos, insistiendo en particular en el tema de la paz, la reconciliación, el diálogo, la unidad y el testimonio de las religiones.

En la tarde del 8 de mayo, en el centro Regina Pacis de Ammán, donde se atiende a personas discapacitadas, el Papa explicó las características de su viaje: “a diferencia de los peregrinos de otras épocas, yo no traigo regalos u ofertas. Vengo sencillamente con una intención y una esperanza: orar por el precioso don de la unidad y la paz, de modo especial para Oriente Medio. Paz para las personas, para los padres y los hijos, para las comunidades; paz para Jerusalén, para Tierra Santa, para la región, para toda la familia humana; la paz duradera que nace de la justicia, la integridad y la compasión; la paz que brota de la humildad, del perdón y del deseo profundo de vivir en armonía como una realidad única”.

El sábado 9 de mayo, ante la mezquita Al-Hussein Bin Talal, Benedicto XVI se reunió con los líderes religiosos musulmanes, el Cuerpo Diplomático y los rectores de las universidades jordanas.

“No podemos menos de preocuparnos por el hecho de que hoy, cada vez con mayor insistencia, algunos creen que la religión ha fracasado en su aspiración a ser, por su misma naturaleza, constructora de unidad y de armonía, expresión de comunión entre personas y con Dios” dijo el Pontífice en su discurso. Y a continuación invitó: “Musulmanes y cristianos, precisamente a causa del peso de nuestra historia común a menudo marcada por incomprensiones, tienen que esforzarse hoy por ser conocidos y reconocidos como adoradores de Dios, fieles a la oración, deseosos de comportarse y vivir según las disposiciones del Omnipotente, misericordiosos y compasivos, coherentes para dar testimonio de todo lo que es verdadero y bueno, recordando siempre el origen común y la dignidad de toda persona humana, que constituye la cumbre del designio creador de Dios para el mundo y para la historia”.

En la homilía de la Concelebración Eucarística que presidió el domingo 10 de mayo en el Estadio Internacional de Ammán, el Papa Benedicto XVI hizo esta invitación: “que la Iglesia en estas tierras sea confirmada en la esperanza y fortalecida en su testimonio de Cristo Resucitado, el Salvador de la humanidad”...“Que el valor de Cristo, nuestro pastor, os impulse y sostenga diariamente en vuestros esfuerzos por dar testimonio de la fe cristiana y por mantener la presencia de la Iglesia al cambiar el entramado social de estas antiguas tierras”.

Durante su visita al memorial de Yad Vashem en Jerusalén, adonde acudió en la tarde del lunes 11 de mayo, el Papa afirmó: “He venido aquí para detenerme en silencio ante este monumento, erigido para honrar la memoria de los millones de judíos asesinados en la horrenda tragedia del Holocausto. Perdieron la vida, pero no perderán nunca sus nombres: están indeleblemente grabados en el corazón de sus seres queridos, de sus compañeros de prisión que sobrevivieron, y de quienes están decididos a no permitir nunca que un horror semejante vuelva a deshonar a la humanidad”. A continuación, subrayó que la Iglesia católica, “siente profunda compasión por las víctimas aquí recordadas” y del mismo modo, “está cerca de quienes hoy sufren persecución a causa de la raza, el color, la condición de vida o la religión. Siente como propios sus sufrimientos y hace suyo su anhelo de justicia. Como Obispo de Roma y Sucesor del apóstol Pedro reafirmo, como mis predecesores, el compromiso de la Iglesia de orar y actuar sin descanso para asegurar que nunca vuelva a reinar el odio en el corazón de los hombres. Como Obispo de Roma y Sucesor del apóstol Pedro reafirmo - como mis predecesores - el compromiso de la Iglesia de orar y actuar sin descanso para asegurar que nunca vuelva a reinar el odio en el corazón de los hombres”.

Inmediatamente después, en el “Centro Notre Dame de Jerusalén”, donde tuvo lugar el encuentro con las Organizaciones para el Diálogo Interreligioso, el Santo Padre destacó: “Juntos podemos proclamar que Dios existe y puede ser conocido, que la tierra es creación suya, que nosotros somos sus criaturas, y que él llama a cada hombre y a cada mujer a un estilo de vida que respete su plan para el mundo”. Benedicto XVI subrayó a continuación que “nuestro deber ante Dios no sólo se expresa en el culto, sino también en el amor y en la solicitud por la sociedad, por la cultura, por nuestro mundo y por todos los que viven en esta tierra”.

El martes 12 de mayo, Benedicto XVI se dirigió a la Explanada de las Mezquitas, para una breve visita a la Cúpula de la Roca, el monumento islámico más antiguo de Tierra Santa, y posteriormente se reunió con miembros de la comunidad musulmana, a quienes dijo: “Aquí se cruzan los caminos de las tres grandes religiones monoteístas del mundo, recordándonos lo que tienen en común”. Tras una parada en el “Western Wall”, comúnmente conocido como “Muro de las Lamentaciones”, en la sede del Gran Rabinato de Jerusalén, el Papa realizó una visita de cortesía a los dos Grandes Rabinos de Israel. En la parte pública del encuentro, el Santo Padre pronunció un discurso en el que dio las gracias a los dos Grandes Rabinos “por sus palabras de bienvenida y por el deseo que han expresado de seguir estrechando los lazos de amistad entre la Iglesia católica y el Gran Rabinato”.

En el Cenáculo, lugar histórico de Pentecostés, el Santo Padre Benedicto XVI dirigió el rezo del “Regina Coeli” con los Ordinarios de Tierra Santa. El Pontífice subrayó que las distintas Iglesias cristianas presentes en esta tierra, “representan un rico y variado patrimonio espiritual y son signo de las múltiples formas de interacción entre el Evangelio y las diversas culturas. También nos recuerdan que la misión de la Iglesia consiste en predicar el amor universal de Dios y en reunir a todos los que él llama, de lejos y de cerca, de manera que, con sus tradiciones y sus talentos, formen una única familia de Dios”. El Papa concluyó con esta exhortación: “Queridos hermanos en el episcopado, contad con mi apoyo y mi aliento mientras hacéis todo lo posible para ayudar a nuestros hermanos y hermanas cristianos a permanecer y prosperar aquí, en la tierra de sus antepasados, y a ser mensajeros y promotores de paz”.

En la tarde del martes 12 de mayo, Benedicto XVI presidió una Concelebración Eucarística en el Valle de Josafat en Jerusalén, frente a la Basílica de Getsemaní y el Huerto de los Olivos. “Al estar ante vosotros hoy, deseo reconocer las dificultades, la frustración, el dolor y el sufrimiento que tantos de vosotros han soportado como consecuencia de los conflictos que han afligido a estas tierras, así como las amargas experiencias de desplazamiento que muchas de vuestras familias han conocido y - Dios no lo permita - pueden conocer aún”, dijo en su homilía. A continuación, recordó que los cristianos de Tierra Santa están llamados “a ser un faro de fe para la Iglesia universal, sino también levadura de armonía, sabiduría y equilibrio en la vida de una sociedad que tradicionalmente ha sido, y sigue siendo, pluralista, multiétnica y multirreligiosa” Benedicto XVI también recordó “la vocación universal de Jerusalén” es de ser ciudad sagrada para los seguidores de tres grandes religiones, pero cuánto queda por hacer para que se convierta en una verdadera “ciudad de paz” para todos los pueblos, “donde todos puedan venir en peregrinación buscando a Dios y escuchar su voz, ‘una voz que habla de paz’!”.

“Mi peregrinación a la tierra de la Biblia no sería completa sin una visita a Belén, la ciudad de David y lugar del nacimiento de Jesucristo” dijo el Pontífice en la ceremonia celebrada en la explanada del Palacio Presidencial de la Autoridad Palestina en la mañana del miércoles 13 de mayo. Dirigiéndose al pueblo palestino afirmó: “Conozco lo mucho que habéis sufrido y seguís sufriendo a causa de las agitaciones que han afligido a esta tierra durante décadas. Mi corazón está con las familias que se han quedado sin hogar... os tengo presentes a todos en mis oraciones diarias y pido ardientemente al Todopoderoso por la paz, una paz justa y duradera, en los Territorios palestinos y en toda la región”. Al Presidente de la Autoridad Palestina, el Santo Padre le dijo: la Santa Sede apoya el derecho de su pueblo a una patria palestina soberana en la tierra de vuestros antepasados, segura y en paz con sus vecinos, dentro de unas fronteras reconocidas internacionalmente”. Por eso Benedicto XVI suplicó “a todas las partes implicadas en este largo conflicto que aparten todo rencor y división que puedan quedar todavía en el camino de la reconciliación”, subrayando que “Una convivencia justa y pacífica entre las poblaciones de Oriente Medio sólo puede lograrse con espíritu de cooperación y respeto mutuo, en el que se reconozcan y respeten los derechos y la dignidad de todos”.

A continuación, el Santo Padre presidió la Concelebración Eucarística en la "Plaza del Pesebre", frente a la Basílica de la Natividad. “El mensaje de la venida de Cristo, que llegó del cielo mediante el anuncio de los ángeles, sigue resonando en esta ciudad – dijo el Papa en su homilía -. Para los hombres y mujeres de todo lugar, Belén está asociada a este alegre mensaje de renacimiento, renovación, luz y libertad. Y, sin embargo, aquí, en medio de nosotros, ¡qué lejos de hacerse realidad parece esa magnífica promesa! El mensaje de Belén nos llama a ser testigos del triunfo del amor de Dios sobre el odio, el egoísmo, el miedo y el rencor que paralizan las relaciones humanas y crean divisiones donde los hermanos deberían convivir en unidad, destrucción donde los hombres deberían construir, desesperación donde la esperanza debería florecer”. “¡No tengáis miedo!” éste fue el mensaje del Sucesor de San Pedro: “Contad con las oraciones y la solidaridad de vuestros hermanos y hermanas de la Iglesia universal, y trabajad con iniciativas concretas para consolidar

vuestra presencia y ofrecer nuevas posibilidades a cuantos tienen la tentación de marcharse. Sed un puente de diálogo y colaboración constructiva en la edificación de una cultura de paz que supere la actual situación estancada de miedo, agresión y frustración. Edificad vuestras Iglesias locales haciendo de ellas laboratorios de diálogo, tolerancia y esperanza, así como de solidaridad y de caridad práctica. Ante todo, sed testigos del poder de la vida, la vida nueva que nos ha dado Cristo resucitado, la vida que puede iluminar y transformar incluso las situaciones humanas más oscuras y desesperadas”.

En la tarde del miércoles 13 de mayo, Benedicto XVI visitó el “Caritas baby hospital” de Belén, el único establecimiento de la región dedicado enteramente a los niños, que sigue siendo “un oasis tranquilo para los más vulnerables, y ha brillado como un faro de esperanza de que el amor prevalezca sobre el odio, y la paz sobre la violencia”. A continuación, el Papa se dirigió al “Campo de refugiados de Aida” en Belén, uno de los campos de refugiados de los Territorios Palestinos, donde coexisten musulmanes y cristianos, y allí expresó su solidaridad “a todos los palestinos que no tienen vivienda, y anhelan poder volver a sus lugares de origen o vivir permanentemente en una patria propia”. En particular, el Papa subrayó la importancia de la educación de los más jóvenes, que expresa la esperanza en el futuro, e invitó a los jóvenes a prepararse para el momento en que serán “responsables de los asuntos del pueblo palestino en los próximos años”, instando a los padres a “sostener a vuestros hijos en sus estudios y en el cultivo de sus dones”.

En la tarde del miércoles 13 de mayo, durante la ceremonia de despedida, el Papa hizo un llamamiento, “a la apertura y a la generosidad de espíritu, para que se ponga fin a la intolerancia y a la exclusión. Por más intratable y profundamente arraigado que pueda parecer un conflicto, siempre hay motivos para esperar que pueda resolverse, que al final den fruto los esfuerzos pacientes y perseverantes de los que trabajan por la paz y la reconciliación”.

En la mañana del jueves 14 de mayo, Benedicto XVI celebró la Santa Misa en el Monte del Precipicio de Nazaret, como conclusión del Año de la Familia proclamado por la Iglesia católica en Tierra Santa. En su homilía dijo “Aquí, a ejemplo de María, José y Jesús, podemos apreciar aún más plenamente el carácter sagrado de la familia que, en el plan de Dios, se basa en la fidelidad de un hombre y una mujer, para toda la vida, consagrada por la alianza conyugal y abierta al don divino de nuevas vidas. ¡Cuánta necesidad tienen los hombres y mujeres de nuestro tiempo de volver a apropiarse de esta verdad fundamental, que constituye la base de la sociedad! y ¡cuán importante es el testimonio de los matrimonios para la formación de conciencias maduras y la construcción de la civilización del amor!”. Al finalizar, el Papa bendijo la primera piedra del Centro Internacional de la Familia, del Parque Memorial Juan Pablo II y de la “University of Pope Benedict XVI”.

El jueves 14 de mayo, en el Auditorio del Santuario de la Anunciación, el Santo Padre se reunió con los líderes religiosos de Galilea, entre los que había cristianos, musulmanes, judíos y drusos. En su discurso subrayó que “en el corazón de toda tradición religiosa se encuentra la convicción de que la paz misma es un don de Dios, aunque no se pueda alcanzar sin esfuerzo humano”. Luego reiteró: “Nuestras diferentes tradiciones religiosas encierran un potencial notable para promover una cultura de paz, especialmente a través de la enseñanza y la predicación de los valores espirituales más profundos de nuestra humanidad común. Moldeando los corazones de los jóvenes, forjamos el futuro de la humanidad. De buen grado los cristianos se unen a los judíos, a los musulmanes, a los drusos y a las personas de otras religiones con el deseo de salvaguardar a los niños del fanatismo y de la violencia, preparándolos a ser los constructores de un mundo mejor”.

También el 14 de mayo, el Santo Padre presidió la Celebración de Vísperas con los Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, movimientos eclesiales y agentes pastorales de Galilea, en la Basílica Superior del Santuario de la Anunciación de Nazaret. “Saquemos fuerza del cántico de

María, que dentro de poco cantaremos en unión con la Iglesia de todo el mundo. Tened el valor de ser fieles a Cristo y permaneced aquí en la tierra que él santificó con su presencia. Como María, tenéis un papel que desempeñar en el plan divino de la salvación, llevando a Cristo al mundo, dando testimonio de él y difundiendo su mensaje de paz y unidad... Vuestra unidad en la fe, en la esperanza y en el amor es un fruto del Espíritu Santo que habita en vosotros y os capacita para ser instrumentos eficaces de la paz de Dios, ayudándoos a construir una genuina reconciliación entre los diversos pueblos que reconocen a Abraham como su padre en la fe”.

En la mañana del viernes 15 de mayo, Benedicto XVI llegó al Patriarcado greco-ortodoxo de Jerusalén para el encuentro ecuménico con los representantes de las Comunidades cristianas de Tierra Santa. “Es urgente – subrayó el Pontífice - que los líderes cristianos y sus comunidades den un fuerte testimonio de lo que proclama nuestra fe: la Palabra eterna, que entró en el espacio y en el tiempo en esta tierra, Jesús de Nazaret, que caminó por estos caminos, llama mediante sus palabras y sus actos a personas de toda edad a su vida de verdad y de amor”. Al concluir su discurso, el Santo Padre dijo: “Me parece que el mayor servicio que pueden prestar los cristianos de Jerusalén a sus propios ciudadanos es criar y educar a una nueva generación de cristianos bien formados y comprometidos, que tengan un deseo ardiente de contribuir generosamente a la vida religiosa y civil de esta ciudad única y santa. La prioridad fundamental de todo líder cristiano es alimentar la fe de las personas y de las familias encomendadas a su solicitud pastoral... Pido a Dios que se comprenda que las aspiraciones de los cristianos de Jerusalén están en sintonía con las aspiraciones de todos sus habitantes, cualquiera que sea su religión: una vida de libertad religiosa y convivencia pacífica y - en particular para las generaciones jóvenes - libre acceso a la educación y al empleo, la perspectiva de una vivienda conveniente y de una residencia familiar, y la posibilidad de beneficiarse de una situación de estabilidad económica y de contribuir a ella”.

En la Basílica del Santo Sepulcro, el Pontífice concluyó idealmente su peregrinación con una ofrenda: “La tumba vacía nos habla de esperanza, una esperanza que no defrauda porque es don del Espíritu que da vida. Este es el mensaje que hoy deseo dejaros, al concluir mi peregrinación a Tierra Santa. Que la esperanza resurja nuevamente, por la gracia de Dios, en el corazón de cada persona que vive en estas tierras. Que arraigue en vuestro corazón, permanezca en vuestras familias y comunidades, e inspire a cada uno de vosotros un testimonio cada vez más fiel del Príncipe de la paz. La Iglesia en Tierra Santa, que con tanta frecuencia ha experimentado el oscuro misterio del Gólgota, nunca debe dejar de ser un heraldo intrépido del luminoso mensaje de esperanza que proclama esta tumba vacía”.

Tras visitar el Santo Sepulcro, el viernes 15 de mayo, el Santo Padre Benedicto XVI se dirigió a la Iglesia Patriarcal Apostólica Armenia, en el Monasterio de Santiago Apóstol. “Nuestro encuentro de hoy, caracterizado por un clima de cordialidad y amistad - dijo el Pontífice en su discurso -, es un paso más en el camino hacia la unidad que el Señor desea para todos sus discípulos. En los últimos decenios hemos experimentado, por gracia de Dios, un progreso significativo en las relaciones entre la Iglesia católica y la Iglesia apostólica armenia... Con espíritu de gratitud al Señor, también deseo expresar mi aprecio por el decidido compromiso de la Iglesia apostólica armenia de proseguir el diálogo teológico entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas orientales. Este diálogo, sostenido por la oración, ha hecho progresos al superar el peso de malentendidos pasados, y ofrece muchas promesas con vistas al futuro”. “Queridos amigos, por mi parte, os pido que oréis conmigo para que todos los cristianos de Tierra Santa colaboren con generosidad y celo en el anuncio del Evangelio de nuestra reconciliación en Cristo, y la llegada de su reino de santidad, justicia y paz”.

En el aeropuerto internacional Ben Gurion de Tel Aviv, el viernes 15 de mayo a las 13.30 hora local, tuvo lugar la ceremonia de despedida de Tierra Santa del Santo Padre Benedicto XVI. En su discurso, el Papa hizo este llamamiento: “¡Nunca más derramamiento de sangre! ¡Nunca más enfrentamientos! ¡Nunca más terrorismo! ¡Nunca más guerra! Por el contrario, rompamos el círculo

vicioso de la violencia. Que se establezca una paz duradera basada en la justicia; que haya una verdadera reconciliación y curación. Que se reconozca universalmente que el Estado de Israel tiene derecho a existir y a gozar de paz y seguridad en el interior de sus fronteras internacionalmente admitidas. Que se reconozca también que el pueblo palestino tiene derecho a una patria independiente y soberana, a vivir con dignidad y viajar libremente. Que la solución de dos Estados se convierta en realidad y no se quede en un sueño. Y que la paz se difunda desde estas tierras; que sean ‘luz para las naciones’, llevando esperanza a muchas otras regiones afectadas por conflictos”.

En Brasil, en Aparecida, para dar “un nuevo vigor e impulso misionero al continente”

“Vengo a presidir, en Aparecida, la sesión de apertura de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe. Por una providencial manifestación de la bondad del Creador, este país deberá servir de cuna para las propuestas eclesiales que, si Dios quiere, podrán dar nuevo vigor e impulso misionero a este continente”. A su llegada al aeropuerto internacional de São Paulo/Guarulhos, en la tarde del miércoles 9 de mayo de 2007, el Santo Padre Benedicto XVI recordó con estas palabras el objetivo de su visita. Recordando el tema misionero elegido por la V Conferencia General, el Papa rememoró “los valores radicalmente cristianos que nunca se borrarán” del alma del pueblo latinoamericano. “La Iglesia quiere únicamente indicar los valores morales de cada situación y formar a los ciudadanos para que puedan decidir consciente y libremente; en este sentido, no dejará de insistir en el empeño que se debe poner para asegurar la consolidación de la familia como célula base de la sociedad, y de la juventud, cuya formación constituye un factor decisivo para el porvenir de una nación; y, también, pero no por último, defendiendo y promoviendo los valores subyacentes en todos los estratos sociales, especialmente en los pueblos indígenas”.

En la tarde del jueves 10 de mayo, en el Estadio municipal ‘Paulo Machado de Carvalho’ de Pacaembu, se celebró una reunión con jóvenes sobre el tema “Joven, discípulo y misionero de Jesucristo”. En su larga intervención, el Santo Padre comentó el pasaje evangélico de San Mateo (cf. 19,16-22) sobre la pregunta planteada por el joven a Jesús: “¿Qué hay que hacer para alcanzar la vida eterna?”. Benedicto XVI se dirigió así a los jóvenes: “Los años que estáis viviendo son los años que preparan vuestro futuro” y os invitó a superar los miedos que denotan un enorme déficit de esperanza. “Pero mirándoos a vosotros, jóvenes aquí presentes, que irradiáis alegría y entusiasmo, asumo la mirada de Jesús: una mirada de amor y confianza, con la certeza de que vosotros habéis encontrado el verdadero camino. Sois los jóvenes de la Iglesia. Por eso yo os envío a la gran misión de evangelizar a los muchachos y muchachas que andan errantes por este mundo, como ovejas sin pastor. *Sed los apóstoles de los jóvenes...* Que también ellos descubran los caminos seguros de los Mandamientos y recorriéndolos lleguen a Dios” El Papa volvió a exhortar a los jóvenes con estas palabras: “Sed hombres y mujeres libres y responsables; haced de la familia un foco que irradie paz y alegría; sed promotores de la vida, desde el inicio hasta su final natural; amparad a los ancianos, pues merecen respeto y admiración por el bien que os han hecho. El Papa también espera que los jóvenes traten de santificar su trabajo... Pero el Papa espera, sobre todo, que sepan ser protagonistas de una sociedad más justa y fraterna”.

Con ocasión de la celebración de las Vísperas en la Catedral da Sé, iglesia metropolitana de la ciudad de São Paulo dedicada a Nuestra Señora de la Anunciación, el Santo Padre Benedicto XVI se reunió en la tarde del viernes 11 de mayo con los más de 400 Obispos de Brasil. La misión confiada a los obispos -dijo en su homilía- es recordar, como escribió el Apóstol de las gentes, que nuestro Salvador “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tm 2,4-6). “Esta, y no otra, es la finalidad de la Iglesia: la salvación de las almas, una a una. De aquí, el mandato de evangelizar... Donde no se conoce a Dios y su voluntad, donde no existe la fe

en Jesucristo y en su presencia en las celebraciones sacramentales falta lo esencial también para la solución de los urgentes problemas sociales y políticos”. A continuación, el Santo Padre recordó que los tiempos actuales son difíciles para la Iglesia, y entre los grandes problemas de Brasil citó la cuestión del abandono de la vida eclesial por parte de los católicos, señalando como causa principal, entre otras, “la falta de una evangelización en la que Cristo y su Iglesia estén en el centro de toda explicación”. Por lo tanto, es necesario promover “una evangelización metódica y capilar con vistas a una adhesión personal y comunitaria a Cristo... En una palabra, se requiere una misión evangelizadora que movilice todas las fuerzas vivas de este inmenso rebaño”.

En la mañana del sábado 12 de mayo, en la “Fazenda da Esperança” de Guaratinguetá, que acoge a jóvenes que han caído en el alcoholismo y la drogadicción y desean reinsertarse en la sociedad, el Papa se reunió con las hermanas clarisas, a quienes recordó: “es necesario edificar, construir la esperanza, tejiendo el entramado de una sociedad que, al extender los hilos de la vida, pierde el verdadero sentido de la esperanza... Queridas hermanas, proclamad que «la esperanza no defrauda» (Rm 5, 5)... Anunciad con el silencio oblato de la oración, silencio elocuente que el Padre escucha; anunciad el mensaje del amor que vence el dolor, la droga y la muerte. Anunciad a Jesucristo, hombre como nosotros, que sufrió como nosotros, que cargó sobre sí nuestros pecados para librarnos de ellos”.

“El Papa ha venido a Aparecida con gran alegría para deciros en primer lugar: ‘Permaneced en la escuela de María’. Inspiraos en sus enseñanzas. Procurad acoger y guardar dentro del corazón las luces que ella, por mandato divino, os envía desde lo alto”. En su homilía en el gran Santuario de Aparecida, tras el rezo del Santo Rosario el sábado 12 de mayo, el Santo Padre invitó a los sacerdotes, religiosos, religiosas, diáconos y seminaristas a mirar a María: “Es ella quien orienta nuestra meditación; ella nos enseña a rezar. Es ella quien nos muestra el modo de abrir nuestra mente y nuestro corazón a la fuerza del Espíritu Santo, que viene para ser comunicado al mundo entero”. En particular, recordó que “la vida religiosa en Brasil siempre ha sido significativa y ha desempeñado un papel destacado en la obra de la evangelización, desde los inicios de la colonización.”. Un signo elocuente de ello fue, el 11 de mayo, la canonización de San Antonio de Santa Ana Galvão, sacerdote y religioso franciscano, recordado por el Santo Padre como “el primer santo nacido en Brasil”.

En su homilía en la Misa de Inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en el atrio frente al Santuario de Aparecida el domingo 13 de mayo, el Santo Padre Benedicto XVI destacó que esta celebración era el fundamento de la V Conferencia, porque “sólo la caridad de Cristo, derramada por el Espíritu Santo, puede hacer de esta reunión un auténtico acontecimiento eclesial, un momento de gracia para este continente y para el mundo entero”. Comentando la primera lectura, tomada de los Hechos de los Apóstoles, el Santo Padre destacó la importancia “del discernimiento comunitario en torno a los grandes problemas que la Iglesia encuentra a lo largo de su camino”. A continuación, insistió mucho en el papel del Espíritu, que “forma a los discípulos: los hace enamorarse de Jesús; los educa para que escuchen su palabra, para que contemplen su rostro”, y de la Iglesia que “se siente discípula y misionera de este Amor: misionera sólo en cuanto discípula, es decir, capaz de dejarse atraer siempre, con renovado asombro, por Dios”. “La Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por ‘atracción’: como Cristo ‘atrae a todos a sí’ con la fuerza de su amor, que culminó en el sacrificio de la cruz, así la Iglesia cumple su misión en la medida en que, asociada a Cristo, realiza su obra conformándose en espíritu y concretamente con la caridad de su Señor”.

En la sesión inaugural de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, celebrada el 13 de mayo, Benedicto XVI pasó revista a los “graves desafíos” que afrontan hoy la Iglesia y la fe. Reiteró que, incluso desde un punto de vista histórico, “el anuncio de Jesús y de su Evangelio no

supuso, en ningún momento, una alienación de las culturas precolombinas, ni fue una imposición de una cultura extraña”, en su largo y articulado discurso afirmó que “sólo la verdad unifica y su prueba es el amor. Por eso Cristo, siendo realmente el Logos encarnado, ‘el amor hasta el extremo’, no es ajeno a cultura alguna ni a ninguna persona”. El Papa comentó el título de la Conferencia General: “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en él tengan vida - Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6), en la que se subraya la tarea principal de la Iglesia “custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios”, y se corrige explícitamente la opinión que antepondría la satisfacción de supuestas necesidades básicas a la evangelización. “El encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás. En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica”. Para que todo esto se convierta más explícitamente en patrimonio de los fieles latinoamericanos, es necesario un renovado esfuerzo de anuncio de la Palabra y de catequesis, también a través de los nuevos medios de comunicación, reafirmando que “la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana”.

En Estados Unidos de América, 60 años después de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: “ha llegado el momento de volver a familiarizarnos con este importante hito de la historia”.

Del 15 al 21 de abril de 2008, el Santo Padre Benedicto XVI visitó los Estados Unidos de América por dos motivos particulares, según explicó a los periodistas durante el vuelo de Roma a Washington: “El primer objetivo es la visita a la Iglesia que está en América, en Estados Unidos. Hay un motivo particular: la diócesis de Baltimore, hace doscientos años, fue elevada a archidiócesis metropolitana y al mismo tiempo nacieron otras cuatro diócesis: Nueva York, Filadelfia, Boston y Louisville... El segundo objetivo es la visita a las Naciones Unidas. También aquí hay un motivo particular: han pasado sesenta años desde la Declaración universal de derechos humanos. Esta es la base antropológica, la filosofía fundacional de las Naciones Unidas, el fundamento humano y espiritual sobre el que están construidas. Por tanto, realmente es un momento de reflexión, un momento para volver a tomar conciencia de esta etapa importante de la historia”.

En su saludo al Presidente de los Estados Unidos de América, Georges W. Bush, durante la ceremonia de bienvenida en la Casa Blanca de Washington en la mañana del 16 de abril de 2008, el Papa Benedicto XVI reiteró: “Vengo como amigo y anunciador del Evangelio, como uno que tiene gran respeto por esta vasta sociedad pluralista... Al comenzar mi visita, confío en que mi presencia pueda ser fuente de renovación y esperanza para la Iglesia en los Estados Unidos y refuerce la voluntad de los católicos de contribuir más responsablemente aún a la vida de la Nación, de la que están orgullosos de ser ciudadanos”.

Recibido por el Secretario General, Ban Ki-moon, y el Presidente de la Asamblea General, Kerim Srgjan, junto con los representantes de sus 192 naciones miembros, el Santo Padre Benedicto XVI se dirigió a la Asamblea General de la ONU en Nueva York el viernes 18 de abril de 2008. “Los principios fundacionales de la Organización - el deseo de la paz, la búsqueda de la justicia, el respeto de la dignidad de la persona, la cooperación y la asistencia humanitaria - expresan las justas aspiraciones del espíritu humano y constituyen los ideales que deberían estar subyacentes en las relaciones internacionales” dijo el Papa al comienzo de su discurso, subrayando que “se trata de cuestiones que la Iglesia Católica y la Santa Sede siguen con atención e interés”.

El Papa Benedicto XVI observó que en nuestros días experimentamos “la manifiesta paradoja de un consenso multilateral que sigue padeciendo una crisis a causa de su subordinación a las decisiones

de unos pocos, mientras que los problemas del mundo exigen intervenciones conjuntas por parte de la comunidad internacional”. A continuación, reiteró: “cuestiones de seguridad, los objetivos del desarrollo, la reducción de las desigualdades locales y globales, la protección del entorno, de los recursos y del clima, requieren que todos los responsables internacionales actúen conjuntamente y demuestren una disponibilidad para actuar de buena fe, respetando la ley y promoviendo la solidaridad con las regiones más débiles del planeta”. En particular, el Santo Padre mencionó “aquellos Países de África y de otras partes del mundo que permanecen al margen de un auténtico desarrollo integral, y corren por tanto el riesgo de experimentar sólo los efectos negativos de la globalización”.

En el contexto de las relaciones internacionales, es más necesario que nunca reconocer la importancia de las normas destinadas a “promover el bien común y, por tanto, a defender la libertad humana”. “Dichas reglas - continuó el Pontífice - no limitan la libertad. Por el contrario, la promueven cuando prohíben comportamientos y actos que van contra el bien común, obstaculizan su realización efectiva y, por tanto, comprometen la dignidad de toda persona humana. En nombre de la libertad debe haber una correlación entre derechos y deberes, por la cual cada persona está llamada a asumir la responsabilidad de sus opciones, tomadas al entrar en relación con los otros”.

Benedicto XVI mencionó en particular algunas aplicaciones de los resultados de los descubrimientos de la investigación científica y tecnológica, que “no obstante los enormes beneficios que la humanidad puede recabar de ellos, algunos aspectos de dicha aplicación representan una clara violación del orden de la creación, hasta el punto en que no solamente se contradice el carácter sagrado de la vida, sino que la persona humana misma y la familia se ven despojadas de su identidad natural”. Continuando con su discurso, el Santo Padre se detuvo en el reconocimiento de la unidad de la familia humana y en el principio de la responsabilidad de proteger. “Todo Estado tiene el deber primario de proteger a la propia población de violaciones graves y continuas de los derechos humanos, como también de las consecuencias de las crisis humanitarias, ya sean provocadas por la naturaleza o por el hombre. Si los Estados no son capaces de garantizar esta protección, la comunidad internacional ha de intervenir con los medios jurídicos previstos por la Carta de las Naciones Unidas y por otros instrumentos internacionales... es la indiferencia o la falta de intervención lo que causa un daño real. Lo que se necesita es una búsqueda más profunda de los medios para prevenir y controlar los conflictos, explorando cualquier vía diplomática posible y prestando atención y estímulo también a las más tenues señales de diálogo o deseo de reconciliación”.

La fundación de las Naciones Unidas “coincidió con la profunda conmoción experimentada por la humanidad cuando se abandonó la referencia al sentido de la trascendencia y de la razón natural y, en consecuencia, se violaron gravemente la libertad y la dignidad del hombre”. Refiriéndose a la dignidad humana, “fundamento y objetivo de la responsabilidad de proteger”, Benedicto XVI recordó el 60 aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: “El documento fue el resultado de una convergencia de tradiciones religiosas y culturales, todas ellas motivadas por el deseo común de poner a la persona humana en el corazón de las instituciones, leyes y actuaciones de la sociedad, y de considerar a la persona humana esencial para el mundo de la cultura, de la religión y de la ciencia... la universalidad, la indivisibilidad y la interdependencia de los derechos humanos sirven como garantía para la salvaguardia de la dignidad humana”.

Los derechos reconocidos y recogidos en la Declaración “se basan en la ley natural inscrita en el corazón del hombre y presente en las diferentes culturas y civilizaciones. Arrancar los derechos humanos de este contexto significaría restringir su ámbito y ceder a una concepción relativista, según la cual el sentido y la interpretación de los derechos podrían variar, negando su universalidad en nombre de los diferentes contextos culturales, políticos, sociales e incluso religiosos. Así pues,

no se debe permitir que esta vasta variedad de puntos de vista oscurezca no sólo el hecho de que los derechos son universales, sino que también lo es la persona humana, sujeto de estos derechos”.

Por ello, el Santo Padre animó a promover los derechos humanos, ya que constituyen “la estrategia más eficaz para extirpar las desigualdades entre Países y grupos sociales, así como para aumentar la seguridad”, e instó a “redoblar los esfuerzos ante las presiones para reinterpretar los fundamentos de la Declaración y comprometer con ello su íntima unidad, facilitando así su alejamiento de la protección de la dignidad humana para satisfacer meros intereses, con frecuencia particulares”.

“Cuando se presentan simplemente en términos de legalidad, los derechos corren el riesgo de convertirse en proposiciones frágiles, separadas de la dimensión ética y racional, que es su fundamento y su fin... es fácil olvidar que son el fruto de un sentido común de la justicia, basado principalmente sobre la solidaridad entre los miembros de la sociedad y, por tanto, válidos para todos los tiempos y todos los pueblos... los derechos humanos han de ser respetados como expresión de justicia, y no simplemente porque pueden hacerse respetar mediante la voluntad de los legisladores.”

A continuación, el Papa hizo un llamamiento al uso del discernimiento, “una virtud indispensable y fructuosa”, en el contexto de las nuevas situaciones que surgen e intenta vincularlas a nuevos derechos. “el reconocimiento del valor trascendente de todo hombre y toda mujer favorece la conversión del corazón, que lleva al compromiso de resistir a la violencia, al terrorismo y a la guerra, y de promover la justicia y la paz. Además, esto proporciona el contexto apropiado para ese diálogo interreligioso que las Naciones Unidas están llamadas a apoyar, del mismo modo que apoyan el diálogo en otros campos de la actividad humana... Por otra parte, las Naciones Unidas pueden contar con los resultados del diálogo entre las religiones y beneficiarse de la disponibilidad de los creyentes para poner sus propias experiencias al servicio del bien común. Su cometido es proponer una visión de la fe, no en términos de intolerancia, discriminación y conflicto, sino de total respeto de la verdad, la coexistencia, los derechos y la reconciliación”.

En la parte final de su discurso, el Papa subrayó que “los derechos humanos deben incluir el derecho a la libertad religiosa, entendido como expresión de una dimensión que es al mismo tiempo individual y comunitaria... Es inconcebible, por tanto, que los creyentes tengan que suprimir una parte de sí mismos - su fe - para ser ciudadanos activos. Nunca debería ser necesario renegar de Dios para poder gozar de los propios derechos. Los derechos asociados con la religión necesitan protección sobre todo si se los considera en conflicto con la ideología secular predominante o con posiciones de una mayoría religiosa de naturaleza exclusiva”.

Por último, Benedicto XVI expresó su esperanza de que “la Organización sirva cada vez más como signo de unidad entre los Estados y como instrumento al servicio de toda la familia humana”, y en este ámbito la Iglesia “está comprometida a llevar su propia experiencia ‘en humanidad’, desarrollada a lo largo de los siglos entre pueblos de toda raza y cultura, y a ponerla a disposición de todos los miembros de la comunidad internacional”.